

CAPITULO CVII.

Farinelli.—Su mérito y su influencia.—Disensiones entre Francia é Inglaterra.—El embajador francés Duras y el inglés Keene. Trabajos políticos de Carvajal y Ensenada en opuesto sentido.

Uno de los personajes que gozaban de más favor y figuraba como hombre de gran valer en la corte de Fernando VI, aunque de extraña posición y carrera, era el cantante Carlos Broschi, conocido generalmente por *Farinelli*.

Este italiano había adquirido gran celebridad en los principales teatros de Europa, por la dulzura de su voz y su excelente método de canto.

«Hallábanse en su voz, dice Burney en su *Historia de la Música*, todas las mejores circunstancias reunidas: la fuerza, la dulzura y la expresión, y su método era al mismo tiempo gracioso y de una admirable ejecución. Era superior á cuantos cantantes hasta entonces se habían conocido: embelesaba, dominaba á cuantos le oían, sabios ó ignorantes, amigos ó enemigos.»

Broschi era napolitano: después de haber hecho las delicias de los teatros de Italia, pasó á Londres, donde excitó el mismo entusiasmo, eclipsando á Cafarelli, que hasta entonces no había conocido rival.

De allí pasó á la corte de Versalles, desde donde vino á Madrid, llamado por la reina Isabel de Farnesio, para probar si con el auxilio de la música lograba curar, mejor que con el de la medicina, la afección melancólica de su marido Felipe V.

En efecto, se dispuso un concierto en palacio, que oyó el Rey desde su cama: las melodiosas cantilenas de Farinelli conmovieron y reanimaron á Felipe V, que, enamorado de la habilidad del cantante, le ofreció concederle cuanto le pidiese.

Farinelli se limitó á pedirle que se reanimara, que dejara el lecho y asistiera á los Consejos: el monarca le complació.

Farinelli le cantaba y repetía todas las noches las piezas que más le agradaban, el Rey se sentía aliviado en su salud, y señaló al músico una pensión anual de 3,000 doblones, á más de otros regalos que la Reina le hacía.

Oían siempre al gran cantante con tanto placer como los reyes, los príncipes de Asturias, D. Fernando y D. Bárbara; así que, cuando estos príncipes subieron al trono por muerte de su padre, honraron á Farinelli con el hábito de la Orden de Calatrava, que él aceptó solamente porque no se ofendieran sus augustos protectores; porque era el cantante hombre sinceramente modesto y desinteresado, y dió muchas y muy relevantes pruebas de no ambicionar nunca ni riquezas ni honores, ni aun el favor de los Reyes.

Distinguíale y le favorecía muy especialmente la Reina, conociendo lo útil que era el talento y la habilidad artística de Farinelli para distraer al Rey su esposo, que, como hemos dicho, había heredado la afección hipocondríaca de su padre.

Con este fin, dispuso la Reina edificar en el Buen Retiro un elegante teatro, del que nombró director á Farinelli, el cual hizo venir de Italia los más hábiles cantantes, y lo mejor de que se tenía noticia en música, en coreografía, en pintura escénica y en maquinaria; así es que las funciones líricas que entonces se dieron en el teatro del Retiro rivalizaron y hasta excedieron á las de los teatros más renombrados de Europa.

Como no se limitó á esto sólo el favor del soberano, y sobre todo el de la Reina, porque se sabía que á Farinelli no se le negaba gracia que pidiera, era general el convencimiento de su influjo y valer en la corte, rodeábanle y le asediaban los pretendientes de todas clases, le halagaban los ministros extranjeros, y hasta los príncipes coronados le buscaban.

En honor del célebre artista debemos decir que, si bien esto mismo le puso en la necesidad de ser muchas veces el conducto de comunicaciones diplomáticas, de tomar alguna intervención en la política, y de ser dispensador de mercedes, ni se dejó nunca fascinar por el humo de tantos homenajes y distinciones, ni perdió jamás su natural modestia, ni dejó de tratar á los superiores con respeto y con afabilidad á todos, ni faltó á los sentimientos de un alma elevada y noble, ni en los negocios públicos tuvo más parte que aquella á que se veía forzado, procurando siempre no desagradar á su regia protectora, ni solicitó gracia ó merced que no fuera para premiar el verdadero mérito, ni hizo jamás de su influjo una especulación interesada, ni se observaba que le guiaran otros móviles que la honradez más pura; y no hubo verdad en la acusación que algunos le hicieron de aceptar regalos de los embajadores, que lo rechazaba su probidad, y no lo hacía necesario ni sus bienes de fortuna, ni los cuantiosos dones de los Reyes.

Carácter honroso, que nos complacemos en diseñar por lo mismo que no es común en los que tan locamente se ven halagados por la suerte, resistir á las tentaciones del interés, ó por lo ménos á la vanidad de las lisonjas.

Tales eran las influencias que dominaban en la corte y en el palacio del melancólico Fernando VI, siendo de notar que, como lo observa un ilustrado escritor extranjero, se contrabalanceaban ellas de tal modo, que estando muchas veces desacordes la Reina, Carvajal, Ensenada, Rábago y Farinelli, no hubo ninguna época, desde el advenimiento de la casa de Borbon, en que los intereses y la independencia de España estuviesen mejor y con más constancia defendidos, como lo vamos á demostrar.

Poco después de celebrada la paz de Aquisgran, y con motivo del mismo tratado, suscitáronse cuestiones entre Francia é Inglaterra, haciendo ambas cortes esfuerzos para atraerse la de España.

Al mismo tiempo el monarca español estaba resentido de su primo Luis XV, por no haber aceptado para esposa del Delfín á María Antonia, su hermana. Como la corte de Versalles viese que el influjo inglés fuese ganando terreno en Madrid, determinó, por consejo del duque de Noailles, enviar un embajador de habilidad y de alta cuna, que pudiera subsanar las faltas cometidas por sus antecesores, el uno altanero y poco respetuoso, el otro falto de actividad y de destreza; que tales habían sido el obispo de Rennes y el caballero de Vaulgrenant.

Fue, pues, nombrado el duque Duras, pariente del mismo Noailles, quien anunció la elección al ministro de España en París, en términos no acostumbrados, diciendo que confesaba no faltar á España motivos fundados de queja por la conducta de Francia, y que uno de ellos era el último tratado de Aquisgran; que reconocía que los embajadores franceses en Madrid se habían mezclado más de lo que debían en nuestros negocios interiores, y algunos se habían lucrado mucho haciendo negocios privados, y que por lo mismo, para restablecer la buena amistad entre las dos cortes, se había encomendado este cargo á un hombre de las cualidades y condiciones de Duras.

En cuanto á éste, después de informarle de la rivalidad entre Carvajal y Ensenada, del influjo del confesor y del valimiento de Farinelli, le dió consejos como los siguientes:

«Limitaos los primeros meses á escuchar y estudiar el carácter de la corte y de la nación, y sobre todo el de los ministros... No despleguéis toda vuestra gracia y elegancia natural, porque sería una censura tácita de los modales nacionales; sed muy circunspecto, sobre todo al principio de vuestra misión, y no olvidéis nunca que un ministro receloso está espiando vuestras acciones.»

En estas últimas palabras sin duda aludía al embajador inglés Keene.

Duras tenía carta autógrafa de Luis XV, haciendo elogios de su persona y recomendándole mucho á la estimación y confianza del monarca español; y á poco de haber venido á Madrid, en noviembre de 1750, se le envió una nota diplomática, dirigida á excitar los recelos y las sospechas del Gobierno español hacia los planes y designios que se suponían á la Gran Bretaña sobre las colonias españolas de América, que presentaba seriamente amenazadas por aquella nación, como asimismo hacia el empeño de ésta de desunir á los dos soberanos de la casa de Borbon, después de haber sostenido una guerra para impedir á Felipe V sentarse en el trono de España.

Pero no era Duras el hombre político que necesitaba la Francia para conducir con tino y discreción la negociación de que venía encargado: el pueblo de París le había conocido y juzgado mejor que su pariente el de Noailles, á quien, por lo visto, cegó el afecto de familia.

Sin carecer Duras de talento, en lugar de conducirse con aquella parsimonia y circunspección que tanto le habían recomendado, obró con toda la ligereza propia de su carácter.

Contrastaba con tanta ligereza, la conducta circunspecta del embajador inglés, Keene, hábil diplomático, antiguo ministro de España, conecor de los móviles y resortes que convenía emplear, versado en la lengua del país, hecho ya á sus costumbres y casi identificado con ellas. Los trabajos de estos dos diplomáticos tenían que dar el fruto correspondiente á la diferencia de sus caracteres, de sus circunstancias y de su destreza.

Al mismo tiempo Ensenada, de genio brillante y fecundo, procuraba captarse el favor de la Reina halagando sus gustos y agasajándola con finezas magníficas, resorte que empleaba también, en otra escala, con personas de todas clases y estados. Eficaz y activo, mantenía vivas relaciones, ya personales, ya epistolares, no dándose vagar ni descanso en ellas, con la reina viuda de España, con las cortes de Nápoles y Cerdeña, con la de Portugal, con el duque de Richelieu y la marquesa de Pompadour, el favorito y la dama de Luis XV. Pero disimulado y hábil, hacía creer á Farinelli que toda aquella correspondencia y todos aquellos tratos no eran sino artificios para entretener la corte de Francia, cuyos intereses aparentaba proteger; y al mismo Keene llegó á decirle en una conferencia: «Si alguna vez me véis preferir la bandera francesa al pabellón español, hacedme arrestar y ahorcar como al mayor malvado de la tierra.» Y los verdaderos artificios eran estos que ponía en juego para disimular su adhesión á Francia, y su interés en abatir la prosperidad comercial y el poder marítimo de Inglaterra.

Carvajal, por el contrario, encerrado en su severa rectitud é integridad, y en su sistema de mantenimiento de una independiente neutralidad por parte de España, amigo de Keene, pero sin que su amistad personal ni sus simpatías á Inglaterra le hicieran faltar á sus principios, no sólo no intentaba engañar á la Francia, sino que ni siquiera aparentaba contemporizar con ella, y desaprobaba sin disimulo sus proposiciones.



J. SERRA Lp.

LA VIDAL Q140 27

D. RICARDO WAL

Riera, editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO CVIII.

Alianza entre España, Austria, Toscana y Cerdeña.—Diplomacia inglesa.—Desavenencia con los hermanos del Rey.—Política sagaz de Inglaterra.—D. Ricardo Wal.—Triunfo de la táctica de Carvajal.

UNA de las primeras causas de desvío entre las cortes de Madrid y de París, pero también uno de los medios para emanciparse España de la tutela de Francia, fué un tratado de convenio entre España, Austria y Cerdeña para asegurar la neutralidad de Italia.

Avínose luego la corte de Madrid con la de Turin, y estrechó su unión el enlace que se concertó y efectuó el 12 de abril de 1750, entre la infanta María Antonia, hermana de Fernando, y el príncipe de Saboya, Víctor Amadeo, heredero del trono de Cerdeña.

En cuanto al Austria, el embajador conde de Esterhacy se valió para su negociacion del mismo Farinelli, conduciéndose el célebre artista en este negocio con suma delicadeza y caballerosidad, y por su conducto contestó la reina de España á una carta de la emperatriz María Teresa.

Entablada así la negociacion, siguiéronla Carvajal y Esterhacy en 1751, aprovechando esta ocasion la corte de Londres por medio de Keene para adelantar en sus proyectos.

Hacia esfuerzos Ensenada para entorpecerla, y sobre todo el de Francia y la corte de Versalles no cesaban de reclamar contra tal alianza, dirigiendo cartas muy persuasivas á los monarcas españoles, apelando á veces á su conciencia y llamando su atencion hacia el escándalo que decían causar á todo el mundo una separacion entre parientes tan cercanos, y siendo notorios los sacrificios que Francia había hecho para afirmar en el trono de España la dinastía borbónica; y todo esto para aliarse con los que más ruda y constantemente la habían combatido.

A despecho de la oposicion de Ensenada y de las vivas reclamaciones de la corte de Versalles, se ajustó y firmó en Aranjuez el 14 de junio de 1752, una alianza defensiva entre el rey de España, la emperatriz reina María Teresa, como poseedora del Milanesado, y el emperador Francisco, como gran duque de Toscana, á la cual se podrían adherir el rey de Cerdeña, el de Nápoles y el príncipe de Parma.

Comprometiáanse las potencias contratantes á mantener la tranquilidad y la neutralidad de Italia, suministrando para ello, en caso necesario, el rey de España y la Emperatriz cada uno cinco mil hombres, los de Nápoles y Cerdeña cuatro mil cada uno, los duques de Parma y Toscana quinientos cada uno de ellos.

Adhirióse el de Cerdeña al tratado: no así el de Nápoles, considerando lastimados los derechos de sus hijos, así como los que él alegaba tener á los bienes alodiales de la familia de los Médicis, protestó contra él, como había protestado ántes en el mismo sentido contra el de Aquisgran.

Entonces, para sostenerlos, envió á la corte de Versalles al marqués de Caraccioli, y Luis XV, no queriendo por sus miras particulares disgustar ni á la corte de Madrid ni á la de Viena, dispuso, para obviar las dificultades, un plan de transaccion, segun el cual todas las pretensiones y controversias se allanarían por medio de dos enlaces matrimoniales, uno del segundo hijo de la Emperatriz reina con la hija segunda del rey Carlos, á quien se daría la soberanía de Toscana, y otro de una hija de la misma Emperatriz con el príncipe á quien se destinara la corona de Nápoles.

Bescatini en su *Historia de Carlos III*, dice respecto á los resultados de aquella transaccion propuesta por el rey de Francia, lo siguiente:

«El éxito hizo ver que el plan fué aceptado, y á él debe la Italia despues de muchos siglos de guerras continuas, la felicidad de hallarse más de cuarenta años há en la paz más profunda.»

Cuando Inglaterra vió la facilidad con que había sido llevada á cabo esta negociacion, creyó encontrar una ocasion oportuna para empujar á España y arrastrarla á una enemistad manifiesta contra Francia.

Pero tóvula también para conocer que el Gobierno español, prudente y circunspecto, no por haber sacudido la dependencia de Francia huía menos de someterse á la de Inglaterra ni á la de otra nacion alguna; que contento con hacer ver á los franceses la diferencia que existía entre este reinado y el anterior, continuaba resuelto á mantener su independencia y su neutralidad; no ofendiendo á ninguna potencia para no dar motivo á ser ella ofendida; y en una palabra, como decía el mismo embajador británico, «se miraba como una dama á quien todos procuran agradar únicamente por las ventajas de su favor.»

En otro de sus despachos decía el mismo Keene: «Con que así, es menester tener ahora paciencia, y cultivar la amistad de esta corte, cuidándola mucho, no ofendiéndola y aprovechándose de todas las circunstancias favorables, para dirigirla otra vez con destreza y precaucion al grande fin que se ha propuesto alcanzar.»

No obstante, aún intentó el ministro ingles, en cumplimiento de las instrucciones de su corte, que se admitiera la adhesion de su soberano al tratado de alianza de Aranjuez, ponderando la conveniencia de su amistad, y recordando los antiguos servicios de Inglaterra á España, y entre ellos el restablecimiento de Carlos en el trono de Nápoles.

Pero el sesudo Carvajal le contestaba: «El Rey, mi señor, cree que basta para conservar la tranquilidad de Italia, la alianza de tres potencias directamente interesadas en ello, y que la agregacion de

otra sería debilitar la superioridad que las dos tendrían sobre la tercera que quisiese faltar á sus compromisos... Y últimamente le decía: «¿podéis esperar que admitamos sin necesidad á otros príncipes en el tratado, despues del cuidado que hemos puesto en apartarlos? Sería quitar la careta en mala ocasion; y creedme, el único medio de servir bien á esta corte, es tratarla con benevolencia y guardar la mejor armonía con ella en nuestras relaciones exteriores; pero todavía no es tiempo de obrar.»

Por último, convencida Inglaterra de que le era imposible hacer faltar al Gobierno español á la severidad de sus principios, tuvo por conveniente retirar su peticion por entónces.

Otra de las causas que contribuyeron por este tiempo á desunir más las cortes de Madrid y de Versalles, y á dar cierta preponderancia á la de Londres, fué la conducta de los dos hermanos de Fernando VI.

Carlos, rey de Nápoles, y Felipe, duque de Parma, ambos se adhirieron á la política y buscaron la amistad y proteccion de Luis XV. Felipe, que casó con una hija de este Monarca, llevó con ella á su pequeña corte la profusion de la de Versalles, y con su lujo y prodigalidad agotaron su exiguo tesoro, y contrajeron deudas y compromisos que les obligaron muchas veces á importunar á Fernando de España, á quien en verdad no correspondieron como agradecidos.

Este proceder produjo un rompimiento entre los hermanos, y gracias á los esfuerzos de Duras y á la mediacion del marqués de Grimaldi, se efectuó una reconciliacion, bien que ni muy sincera ni muy duradera, porque la profusion de Felipe y de su esposa los puso en la necesidad de repetir sus peticiones y con ellas se renovaron las quejas y los disgustos.

En cuanto á Carlos de Nápoles, ya hemos indicado el paso que dió de enviar á la corte de Versalles al marqués de Caraccioli para formar un tratado de alianza con Francia en oposicion al de Aranjuez.

Carlos no perdía de vista que su hermano Fernando carecía de sucesion; y que su salud y la de la Reina le ofrecían esperanzas y probabilidades de no tardar en sucederle en el trono de España.

Para atraerse la amistad de Inglaterra, que no había entrado en la alianza de Aranjuez, le hizo ventajosas proposiciones de comercio en su reino de Nápoles, con promesa de mantenerle los mismos para cuando ocupara el trono español.

El Gobierno británico aceptó con placer tan lisonjero ofrecimiento y determinó en consecuencia enviar á Nápoles como ministro á sir Jaime Gray. Pero la política corte de Londres quiso ganar á la de España, teniendo con ella la consideracion de no hacerlo sin obtener ántes su aprobacion y consentimiento, á fin de no ofenderla.

Este rasgo de calculada deferencia le salió tan felizmente, que halagado con él y prendado de tan fino y cortés comportamiento, el ministro Carvajal no encontraba expresiones con que demostrar su satisfaccion y su agradecimiento al duque de Newcastle; y el embajador Keene recibió las más señaladas muestras de aprecio de los Reyes. De este modo Inglaterra sacaba partido de Nápoles, congratando á España, no obstante la indisposicion de ambas cortes entre sí.

También desazonó á los monarcas españoles el empeño del Gabinete frances en que separaran de la embajada de Londres á D. Ricardo Wal, que era amigo de Keene, para reemplazarle con Grimaldi, que lo era de Ensenada y por consecuencia inclinado á la amistad y á la alianza francesa.

Era D. Ricardo Wal un católico irlandés, que desde muy jóven había entrado, como otros muchos aventureros, al servicio de España. Su genio intrépido, su actividad é inteligencia lo hicieron conocer ventajosamente como soldado de mar y tierra. En el primer concepto se distinguió en el desgraciado combate naval de Sicilia contra el almirante Byng; en el segundo se hizo digno de la proteccion del duque de Montemar, en cuyo ejército se encontraba cuando fué á la conquista del reino de Nápoles. Su capacidad le captó sucesivamente el aprecio del ministro Patiño, del embajador ingles y del marqués de la Ensenada. Sirvió como coronel en la campaña del infante D. Felipe contra el rey de Cerdeña. Cuando se trató de la paz, fué, por su talento y su conocimiento del idioma ingles, nombrado agente secreto de España en Aquisgran. Igual ó semejante cargo desempeñó despues en Holanda y en Inglaterra, y por último, hecho general y ministro acreditado en Londres, contribuyó mucho á las buenas relaciones é inteligencia entre los Gobiernos español y británico de acuerdo con Walpole y Keene.

Llamado Wal á Madrid, no sólo supo desvanecer todas la intrigas de Francia respecto á su persona, sino que, presentado sucesivamente al ministro Carvajal y á los Reyes, les demostró de la manera más persuasiva el afecto del monarca británico á Sus Majestades Católicas, y su vivo interes en mantener la mejor amistad y armonía entre las dos naciones; de lo cual se dieron los Reyes por tan satisfechos, que no solamente le confirmaron su nombramiento en octubre de 1752, sino que le hicieron teniente general.



FERNANDO VI.